En muy otro caso se encuentra Grecia. En aquel pequeño territorio, no tan extenso como Portugal y menor que la tercera parte de Inglaterra, aparecen más de cien Estados independientes que nos presentan bajo una unidad de carácter, que es comun á todas las repúblicas griegas, una inmensa variedad, ya por las diferencias que hay de unas á otras, ya por la série de modificaciones y revoluciones que todas experimentaron, mostrándose sucesivamente y en lucha el elemento monárquico, el aristocrático, y el democrático. En medio de todas esas divergencias no hay nada tan notable como el singular contraste que forman Atenas y Esparta, y que May expone de esta manera: «la libertad fué el principio fundamental de la una, la restricción, el empeño de la otra; en la una fué alentada la individualidad y lo fué tambien el génio; en la otra, todos los hombres fueron sometidos á un tipo comun; en la una, era el gobierno abierto, público, libre, popular; en la otra, cerrado, secreto, reservado; era la vida, en la una, intelectual, espansiva, simpática, alegre; en la otra, triste, egoista, estrecha y monótona; en la una el hombre era guiado hacia un altísimo ideal; en la otra era sometido á un mecanismo social artificial; en la una se favorecia el comercio con los extranjeros; en la otra predominaba un exclusivismo bárbaro.» Por esto sin duda ha dicho Draper que la celebridad filosófica de Grecia es debida á Atenas, y que es un error popular el creer que Grecia, considerada en conjunto, fué un país muy culto.